

RESEÑA DEL LIBRO

La infancia y sus bordes

*Un desafío para el psicoanálisis*¹



CRISTINA LÓPEZ DE CAIAFA²

El libro de Julio Moreno constituye en realidad un desafío para nosotros, psicoanalistas o estudiante de nuestros institutos, o para todos aquellos afines al psicoanálisis, y nos desafía al poner en cuestión cosas que tendemos a dar por sentadas. Es producto de una observación fina y de una reflexión profunda y sostenida que va incorporando, entretejiendo, discutiendo ideas y propuestas surgidas de nuestro campo de clínica, sus prácticas y teorías, y de otros territorios del pensamiento y la investigación (historia, filosofía, antropología, etc.), sean actuales o de épocas pasadas.

El libro está dividido en cuatro partes; la primera, dedicada a la infancia, el juego y los juguetes; la segunda, al vínculo entre padres y niños; la tercera, al tránsito adolescente; la cuarta, a lo cuántico y conectivo.

Desde su primer capítulo y sin anestesia, nos sacude la modorra al colocarles un signo de interrogación a algunas certezas con las que nos explicábamos el presente y nos dirigíamos al futuro. Enfoca, así, la caída del calor asignado a la tradición, al pasado, determinándonos a través de marcas dejadas por las generaciones que nos han precedido.

Se vale de la historia del juego y del juguete en sus proximidades y distancias con el mito y el rito para ejemplificar el vuelco por el cual languidece el condicionamiento del presente por el pasado, y se pregunta por los efectos de un giro crucial en el sentido de ese vector temporal.

1 Moreno, J. (2014). *La infancia y sus bordes. Un desafío para el psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.

2 Miembro titular de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. caiafa@vera.com.uy

Considera que esto ya está ocurriendo con los juguetes y los tipos de juego.

Ejemplifica, desde su clínica con pacientes niños, tipos de juego o, más bien, de actividades de apariencia lúdica que, atrapadas en la patología, no dan lugar a creatividad alguna ni en el plano del contenido ni en el del manejo *a piacere* del tiempo, perdiendo así esa fascinante posibilidad de que en el jugar siempre se pueda revertir el tiempo, volver a empezar.

Moreno destaca que más allá de las raíces universales, en cada ser humano, el nacimiento del juego se da tempranamente en el vínculo con la madre. Se va dando en un contexto afectivo-comunicativo, constituyéndose en «un acontecimiento inaugural de una secuencia creativa», basamento de los fenómenos de la subjetividad.

Pasa a describir tipos de juego de acuerdo con la presencia o la participación creativa del niño, enfocando también las causas de la atracción por ese juego, es decir, la relación con el placer. Distingue, así, *juegos asociativos* —en los cuales lo creativo predomina y el juego se despliega en historias fabulosas siempre posibles de nuevas vueltas de ficción—, *juegos reglamentados* —en los que la norma acota lo creativo, si bien son posibles algunas trampitas o ciertos cambios de reglamento, frutos de la producción imaginativa— y un tercer tipo, de fuerte presencia hoy: los *juegos conectivos*, la

amplia gama de los videojuegos. Aquí, el juego —dice Moreno— consiste en seguir caminos preestablecidos en los que lo creativo se reduce al cotejo de habilidades en secuencias que están predeterminadas, como también lo está el contenido, y el jugador es un usuario.

Del juguete considerado por los antropólogos (Lévi-Strauss y Agamben) como esencia misma de la historia (miniaturización de objetos pertenecientes a épocas pretéritas) y testimonio de la capacidad de transformación del humano, que muestran el pasado en el presente, se ha ido pasando a la preferencia infantil por los juegos que anticipan el futuro. Son juegos de anticipación que en todo caso miniaturizan el porvenir, robots, naves espaciales, rayos láser, guerreros con superpoderes para cambiar sexo, edad, succionar energía de otros. Juguetes que incorporan novedades que tienen que ver con futuros posibles.

El autor especula sobre si esto tendrá que ver con que en la era informática en la que vivimos no hay tiempo para perder en evocaciones, y será mejor que niños y adultos se acostumbren a transitar lo no previsto para estar más acordes a los vertiginosos tiempos por venir.

Esta inversión del sentido del juguete con respecto al tiempo, de la evocación a la anticipación, podría estar prefigurando cambios en la concepción de la infancia y quizás anuncie un cambio

en lo humano en relación con la Modernidad que nos precedió. Hoy, los niños están en contacto directo con los medios y son capaces de absorber y conformarse de acuerdo con lo que reciben de las pantallas mediáticas, sin mediación de sus adultos. La interfaz medios-niños es mucho más permeable que la que separa a los adultos de los medios, y en materia de informática, niños y jóvenes nos enseñan a los mayores.

Estos nuevos juegos y juguetes valoran el instante y la simultaneidad, apunta al llamado «tiempo real», la teletransportación, por la cual en instantes se puede estar en otro punto, no importa la distancia a la que se encuentre. Esto, dice Moreno, sucede todos los días en los dispositivos mediáticos y es lo que pregonan los físicos de la mecánica cuántica. Una partícula y un cuerpo se pueden conectar instantáneamente con otro en otro planeta u otra galaxia: es el entrelazamiento cuántico.

Los juegos asociativos, que seguían el modelo de la libre asociación, desplegaban la fantasía interior del niño. Los juegos conectivos que hoy predominan en cuanto a concitar preferencias infantiles están cada vez más por fuera de aquella fantasía interior, en pos de la conexión de íconos que hacen aparecer instantáneamente realidades virtuales.

El primer capítulo finaliza con una interesante reflexión sobre el proyecto de

la infancia de la Modernidad, los ideales imperantes entonces y el futuro que era posible imaginar jugando a «ser grandes» con los modelos emulables y hasta superables, ahí en casa (los padres).

La tecnología cambió los juguetes, la producción masiva —ya no artesanal— los multiplicó y la propaganda los transformó en posesiones, objetos emblemáticos de consumo y prestigio. Las promociones de juguetes —los anuncios ya no se dirigen a los padres— van directo a los niños.

La función del juguete ha cambiado, ha cedido sus espacios; de preservar el pasado, preparando el futuro imaginado como una versión mejorada del presente, a su función de hoy: preparar para la no previsibilidad, para un futuro contingente en el que no hay anticipación posible, el porvenir es una total incógnita. Aun así, viendo jugar a los niños, rescato algo: hay veces en las cuales buscan o se inventan trazas de predictibilidad, y se me ocurre que hay una cierta «cuota» de regularidades necesarias a la estructura psíquica que no se puede omitir.

Vayamos al capítulo 4: «Cambios actuales en la familia y su impacto en la infancia y el psicoanálisis». Moreno parte de una constatación innegable: la influencia del psicoanálisis ha disminuido. Plantearse por qué ha sucedido esto lo lleva —en este momento y más allá de otras razones posibles— a proponer

que la sociedad, «las instituciones familia e infancia y las prácticas de crianza han ido cambiando con rapidez, lo que generó subjetividades muy diferentes a los tiempos de Freud», y se pregunta qué está pasando.

Entonces, se aboca en este capítulo a considerar con qué se encontró Freud en lo relativo a la sexualidad, la crianza y la familia en la Modernidad de su tiempo, para luego enfocar nuestro tiempo de Posmodernidad y sus efectos. De allí emerge que «la característica más notoria es la insuficiencia, la inoperancia que muestran las instituciones, para dar cuenta de los acontecimientos que se precipitan». En su análisis de la situación, el autor enfoca la sexualidad y el deseo en tanto motivaciones inconscientes detrás de cada acto humano. En cada época y en cada cultura, lo sexual depende de las estructuras de poder vigentes; en la Modernidad, el poder fue ejercido por la Iglesia y el Estado sobre la sexualidad a través de la familia. Moreno señala que la configuración y las dinámicas de la familia en la Modernidad freudiana tuvieron mucho que ver con la forma que adoptó el psicoanálisis en esos tiempos. Además, advierte que Freud no ignoraba la importancia de las modalidades de crianza en las historias de sus pacientes neuróticos, pero piensa que quizás creyó que era una propiedad de lo humano, y no una característica de esa época. Esto queda evidenciado en el

trabajo sobre «La más generalizada degradación de la vida amorosa» (1912).

Son los avatares de la necesaria convergencia de las corrientes tierna y sensual sobre un mismo objeto para una sexualidad plena los que impiden esa confluencia en las llamadas «impotencias psíquicas». Freud explica esos avatares por la crianza cargada de erotismo: «Los síntomas no hacen sino hablar sobre que los vínculos de parentesco son invadidos por el dispositivo de la sexualidad incestuosa lo que genera una ruidosa turbulencia en el psiquismo que solemos llamar neurosis», y estas emergen de la confluencia de la función prohibitiva del incesto con el ejercicio de una parentalidad promotora de la sensualidad.

Hace luego un interesante recorrido por los tiempos históricos previos a esa confluencia que señalara como causal de la neurosis y también del psicoanálisis. Describe dos tipos de dispositivos que reglamentaban la vida familiar y la sexualidad: el dispositivo de alianza para las condiciones del matrimonio y el parentesco (sistema de transmisión de nombres y bienes), y el dispositivo que reglamentaba la sexualidad (cualidad de placeres prohibidos, permitidos, promovidos). La familia tenía que ver con la alianza y no se centraba en la crianza de los hijos. Entre los siglos XVII y XVIII se va dando la concentración de sexualidad e hijos en el ámbito de la vida conyugal.

Charcot, nos recuerda Moreno, frente a los cuadros de la patología histérica imponía, como primera condición para la curación, separar al enfermo de su familia, como si hubiese entendido que la causa del mal era la mezcla de los dispositivos de sexualidad y alianza. Freud, al ser convocado, respondió de manera diferente: detectó el complejo de Edipo y creó el psicoanálisis. Los hallazgos psicoanalíticos en ese contexto de la Modernidad reafirmaron la universalidad del Edipo, que quedó instalado en el centro del inconsciente como causa de todo lo humano.

Luego, Moreno examina la familia posmoderna. Esta surge por la década del sesenta; el contrato entre los cónyuges ya no aspira a la permanencia, la atribución de autoridad —otrora de dominio paterno— decae, la división de tareas se desvanece, aumentan los divorcios, las separaciones, las recomposiciones conyugales, etc. Los niños ya no están tan protegidos o encerrados en el claustro familiar y los medios masivos de comunicación se introducen en él con su discurso más y más dominante, frente al cual no hay «protección al menor» que valga; los niños se han vuelto, a su vez, el medio privilegiado para el acceso invasivo de la informática y de los medios a la familia.

Al mismo tiempo, los medios hacen posible otro cambio importante: la abolición de la privacidad. Lo íntimo se publica

y se muestra; me pregunto si será que solo se siente propio así, siendo visto y oído por otros, y no por una vivencia personal consistente.

Los cambios en las formas de constitución en las estructuras de las familias de hoy afectan el ejercicio de la función otrora básica de la crianza. Las necesarias constancias para los niños —tan caras a vivencias de estabilidad, previsibilidad, que aportaban seguridad— se han visto sacudidas. Ya no se aspira a llegar a ocupar lugares establecidos, se percibe más bien la inestabilidad, las situaciones cambiantes, el movimiento. Hay algo del orden de probarlo todo para después elegir qué hacer o qué ser. Pienso que parecería haberse instalado una ilusión de omnipotencia, de puedo hacer, puedo ser lo que quiera, negando así todo lo que implique las limitaciones, los acotamientos, en fin, la fragilidad, la instantaneidad de la existencia humana. ¿Qué serpiente nos tienta hoy a ser como dioses o a creer que probarlo todo es igual a saberlo todo sin restricciones?

La segunda parte, dedicada al vínculo entre padres e hijos, se inicia con un interesante capítulo sobre la neurosis infantil. El autor lo propone como algunas notas, pero estas constituyen bastante más, un enfoque muy atento —y, yo diría, oportuno— sobre el tema al enfocar relevantes asuntos conceptuales, comenzando por la desaparición del término

neurosis de la nomenclatura del DSM IV y su reemplazo por *trastorno*, y lo discute con sutileza.

Considera que las neurosis no son trastornos del bien funcionar; más bien, serían «presentaciones de lo normal», algo a transitar durante la existencia, que no se circunscribe a la infancia y que se condice con la vida en el mundo civilizado, con las contradicciones que conlleva y las renunciaciones que impone. Es claro que estas «presentaciones» pueden llegar a construir patología.

«La psicopatología infantil estaría necesariamente inmersa en el contexto del vínculo entre padres e hijos, del ambiente de crianza y del entorno social». Moreno cree que la nosografía clásica ha resultado excedida y sería insuficiente para dar cuenta de las consultas por niños en la actualidad. «Hay otras líneas de determinación que las que provienen del inconsciente o, mejor, que eso que llamamos *el inconsciente* está en pleno y vivo contacto con el medio». Pero el medio es muy cambiante, y para los niños supone un enorme trabajo de adaptación. Despliega algo más su propuesta del concepto de discurso infantil, aquel que reglamenta el vínculo parentofamiliar, constituido por el conjunto de reglas y prácticas que lo rigen, que tienen efecto subjetivante en hijos y padres, y que varía con las épocas y las sociedades.

El discurso infantil incluye los interrogantes de los niños y el saber supuesto

de los adultos, algo que les permite a los pequeños vivir en la ignorancia y estar *abiertos al mundo* que habitan, al tiempo que *suponen* que sus adultos conocen las respuestas a sus enigmas. Sin embargo, nos advierte, no es que el niño crea ciegamente en lo que dicen «los que saben», solo lo supone. Yo me pregunto ¿cómo se sitúan y juegan las teorías sexuales infantiles en este contexto?

Luego, trabaja la relación del discurso infantil y sus fallas o carencias con diferentes situaciones de la patología, y lo hace con referencia a su casuística y a clásicos casos freudianos. Comunica después su posicionamiento y sus estrategias personales frente a la consulta diagnóstica o la indicación de tratamiento.

El capítulo 7, «Una perspectiva clínica», es una rica oportunidad que Moreno nos da de asomarnos a la sutileza de su contacto clínico, incluida su visita a Freud y Juanito en lo que llama la primera sesión vincular en la historia del psicoanálisis. Asimismo, al «asistir» a esa sesión, puede hacer una lectura algo diferente de la que hizo Freud al tomar en cuenta el D. I. y el reordenamiento de sus posiciones, lo cual sucedió en la inmanencia de la sesión, a diferencia de la intervención explicativa de Freud en posición trascendente (le referencia al complejo edípico preexistente).

Dos casos clínicos de más de veinte años atrás son para el autor la oportu-

nidad de ensayar una suerte de autosupervisión que lo lleva a nuevas hipótesis surgidas de sus actuales propuestas, con lo que amplía la perspectiva sobre la eficacia patógena y la terapéutica. Pero lo que me parece interesante es que lo nuevo del enfoque no anula o descalifica el anterior, sino que lo enriquece al incluir consideraciones y posicionamientos en una apertura a nuevas significaciones.

El capítulo 8 analiza pormenorizadamente la impronta mediática en el discurso infantil. El discurso infantil de la Modernidad sigue operando en el vínculo parentofilial y sus producciones, pero está cambiando rápido y lo hace al compás del accionar de los medios masivos de comunicación. La penetración de la realidad informática en los diferentes participantes del discurso es muy diferente de lo que fue en épocas anteriores, y ello, a su vez, determina modos muy distintos de entender los hechos entre padres e hijos. En la interfaz que media entre ellos hay más diferencia, más distancia, menos permeabilidad, menos códigos compartidos.

Se aboca, entonces, a profundizar de qué manera se ha visto afectada hoy «la confrontación generacional», cómo se ven afectados el discurso infantil y el complejo de Edipo que lo configuran. En la Modernidad, el ensamblado entre ellos conformaba una «máquina» de generar, moldear subjetividades de padre e hijos,

se transmitían modos de ser y contenidos sociales, culturales, históricos, libidinales. Los engranajes del dispositivo afectaban por igual a padres e hijos que compartían códigos y claves. Pero al producirse la penetración de la *mass media* se generó un cambio que significó más y más distancia entre los modos de pensar de adultos y niños porque esa penetración no operó igual en padre e hijos. El aspecto conectivo de los vínculos, preponderante en los niños, les confiere una disponibilidad mayor a lo abierto de lo no representacional, a diferencia de los adultos, que son más afines al comprender que al conectar.

Dejo acá este interesantísimo e inquietante análisis que continúa haciendo el autor para dirigirme a pasos largos a *la tercera parte*, sobre el tránsito adolescente. *Se inicia con el capítulo 9*, en el que se subraya el tema de la «confrontación generacional». Esta es desplegada a partir de la perspectiva filogenética recorriendo desde el animal hasta la hominización, sirviéndose del mito freudiano de la horda primitiva.

El autor sostiene la tesis de la necesidad de la confrontación entre padres e hijos para que no haya consecuencias catastróficas en el vínculo o en sus integrantes. Querel eludir o aplacar la confrontación puede llevar a la intensificación de las hostilidades, con las consiguientes consecuencias entre padres e hijos o entre

paciente y analista. (Pienso en Winnicott y «El odio en la contratransferencia», de 1947, o en el artículo «Conceptos contemporáneos sobre el desarrollo adolescente», de julio de 1968, donde plantea con firmeza la necesidad de la confrontación).

Despliega distintos aspectos del mito de Edipo, enfocando en particular a Edipo en su adolescencia. Parte de las preguntas que Edipo, como todos los adolescentes, se formula son: ¿Quién soy? ¿De dónde vengo?, preguntas surgidas de la desazón ante sus cambios puberales, nuevas marcas en el cuerpo, despertares en lo psíquico y miradas propias o ajenas que lo inquietan. Preguntar a los padres ya no es una vía confiable para obtener respuestas creíbles, ni en la antigua Grecia ni hoy. Llegado este tiempo, es la mirada de los otros —especialmente los pares, reflejada en las pantallas— la que se procura para hallar alguna confirmación de quién es uno. Moreno constata que cualquiera sea el caso, los padres del adolescente ya no son más los de la infancia, aquellos del discurso infantil; son otros.

El capítulo 10, «La pubertad y el acontecimiento adolescente», enfoca la pubertad como «el tiempo en el que desde cambios en el cuerpo a mutaciones del discurso que envuelven al púber, hay verdades que comienzan a insistir por inclusión». Se instala un clima de perturbación del estado anterior que afecta al

púber y a su entorno. El chico no puede entender ni decir lo que le pasa. El diálogo se vuelve difícil; entonces, se lo ve pendiente de las pantallas y las miradas de los otros en búsqueda de algún reflejo que le diga algo de sí mismo.

Moreno apunta a la necesidad de hacer algo con eso emergente perturbador que es el motor de la pubertad, y ese hacer no es fácil; las marcas suplementarias capaces de transformar la pubertad en el acontecimiento adolescente tienen algunos requisitos que tocan lo paradójico: que lo nuevo pertenezca y no pertenezca a lo histórico, que se construya una historia nueva con cierto viso de continuidad. El autor analiza los posibles decursos (acontecimiento - catástrofe - detención) y los ilustra con dos ejemplos clínicos.

En el capítulo 11 se consideran los ritos de pasaje adolescente. Propone que los humanos necesitamos que el entorno cultural nos provea de ritos que acompañen algunos acontecimientos significativos. Necesitamos signos que nos adviertan y prevengan de la inmediatez, como si fuera potencialmente traumática. Señala que hay eventos como la adolescencia que no siempre se anuncian con claridad. Las ceremonias rituales se apropian del hecho y señalan el lugar más o menos justo, fijando el evento en el calendario. Describe ritos de pasaje en tribus de Sudamérica. En ellos, luego del pasaje, los que eran niños ya no lo son, ahora son

adultos. En ellos, la adolescencia es solo un punto inextenso.

Luego, se refiere a las sociedades civilizadas que carecen de la provisión institucional de ritos efectivos y puntuales que involucren a toda la comunidad. De ahí que los adolescentes se las arreglen un poco por sí mismos, construyendo ritos caseros, propios y particulares que inauguran un «nosotros». Piensa este «nosotros» como reconocimiento de la alteridad del grupo con respecto al resto de mundo. Yo me pregunto si quizás en parte el «nosotros» los tranquilice al «poblar» el vacío que viven con un plural que les provee cierta calma. También, porque trae algo parecido al compartir, a los otros les pasa «lo mismo», aunque no sepan claramente qué es. Pienso que con un «attimo de nostalgia» (Les Luthiers) explora el fenómeno del *rock and roll* y sus bandas como nuevos agentes de subjetivación.

Más adelante, enfoca un fenómeno actual, como es la prolongación de la adolescencia en ambas direcciones: se llega antes y se permanece más tiempo, y explora las posibles causas, desde la enorme desocupación a las llamadas podas sinápticas. Finalmente, el autor propone que la tarea de «ser lo que es y lo que será» conduce al adolescente a búsquedas o a la participación —improvisada o no—, lo que insume, entre otras cosas, tiempo vital.

Capítulo 12. Lo cuántico y lo conectivo.
Como final, se aboca a una tarea real-

mente muy compleja: «Examinar algunas coincidencias entre descubrimientos de la física cuántica, que desafía a la clásica, y hallazgos relacionados con los fenómenos conectivos que se oponen a los asociativos en el psiquismo».

No se trata de comparar el psicoanálisis y la física en general; lo que señala como sugestivo e interesante es la diferencia y el contrapunto que existe entre los planteos de la cuántica y la física clásica, con la diferencia y confrontación que se evidencia entre el acontecer conectivo y el asociativo del psiquismo.

Considera que hemos transcurrido gran parte de nuestra existencia asociando nuestro modo de pensar al saber de la física clásica y el transcurrir psíquico a lo asociativo, desechando, expulsando tanto la realidad cuántica del mundo de la física como la conectiva del universo de las motivaciones psíquicas. Es probable que esto haya contribuido a que ni los fenómenos conectivos ni los de la física cuántica nos resulten accesibles a la intuición.

«El régimen psíquico asociativo hace un trabajo denodado para hacer continuo lo fragmentario, y por hacer homogéneo lo disruptivo del transcurrir de nuestras vidas». Pero —y empiecen a ponerse nerviosos—, cada vez se hace más evidente la constitución fragmentaria de lo que consideramos «la realidad» y el hecho de que «eso» aún no representado nos afecta. Las causas de eventos singulares

pueden ser ínfimas, imposibles de detectar; las cosas no salen de la nada, pero nos es imposible determinar de dónde salieron, muchos hechos pasan a ser indeterminables para los humanos. La incertidumbre pasa a ser un principio. No hay un pasado ni una historia única de cada evento, lo cuántico de la física y lo conectivo del psicoanálisis admiten causas que no fueron registradas, como partículas mínimas o indetectables, y los hechos no causados por lo representado.

Para terminar, nuevamente, las palabras de Moreno son las más apropiadas: «Hay una esperanza que permanezca el espíritu de zambullirnos, no en la historia que creemos que nos determinó, sino

en la incertidumbre que esta no cubre, que dejemos libre el paso ocluido por las telarañas del saber ya sabido, de la búsqueda de causas de todo lo que es, búsqueda que ocluye la apertura a lo incierto, que es por donde la capacidad creativa del pensar se expande».

Llegando aquí y recordando el comienzo tradición-transmisión, me pregunto: ¿Qué transmitiremos, en definitiva? ¿Será la posibilidad de cambiar y el deseo de hacerlo? ¿De aceptar novedades impensadas? ¿De cohabitar con la ignorancia buscando siempre saber algo más de nosotros? Vale la pena plantearse. •

Agosto de 2014